

C269
JG
1989
*

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE UNION DEMOCRATA INDEPENDIENTE (UDI), JAIME GUZMAN,
ANTE EL CONSEJO NACIONAL DEL PARTIDO REALIZADO EL 15 Y 16 DE ABRIL DE 1989.

A raíz de circunstancias de todos conocidas, hace casi exactamente un año resurgió Unión Demócrata Independiente (UDI), con la identidad propia con que la fundáramos en 1983.

Nuestra primera misión en esta nueva etapa, fue volcarnos de inmediato y por enteros a trabajar en el plebiscito presidencial que se avecinaba. Ante la evidencia de que el candidato que los Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas y el General Director de Carabineros ya estaba de hecho resuelto, aun cuando por razones constitucionales ello sólo podría formalizarse con muy poca antelación a los comicios, resolvimos jugarlos, desde abril pasado, por esa alternativa.

Mientras otros cavilaban especulando en torno a irrealidades, preferimos ganar tiempo en las que serían las trincheras de lucha frente a un adversario que ya se encontraba en decidida y organizada acción.

Aunque no nos correspondió participar en la conducción superior de esa campaña plebiscitaria, debido a que ella fue encomendada al aparato gubernativo, nos honramos en haber asumido todos los lugares de vanguardia donde se requirió nuestro concurso en esa memorable jornada cívica. Personalmente recorrí casi todas las regiones y provincias del país y cada uno de nuestros dirigentes hoy aquí presentes, fueron artesanos de una gigantesca y laboriosa tarea, que ciertamente hubiésemos querido ver engrosada por muchos que se limitaron al más cómodo papel de espectadores o comentaristas de lo que acontecía.

Más allá de los legítimos reparos que cada cual tenga hacia esa campaña del "Sí", nadie puede desconocer que, pese a que dicha opción no triunfó, su significativo respaldo ciudadano resultó impresionante y sorprendió aún a la opinión pública internacional más adversa al Gobierno de Chile.

Tales antecedentes hacen inverosímil que quienes menos trabajaron por el "Sí", cualquiera haya sido la causa, tengan la osadía de imputar lo que denominan la culpabilidad de la derrota, a quienes no tenemos otro pecado que contarnos entre los que trabajamos con mayor ahinco, abnegación y eficacia.

Al dar vuelta esa página de nuestra historia, la UDI lo hace con el orgullo del deber cumplido y con el sentido homenaje hacia quien fue nuestro abanderado en ella, el Presidente Augusto Pinochet.

Nuestra tarea siguiente consistió en iniciar el proceso de legalización de Unión Demócrata Independiente (UDI) como partido político.

La fase más exigente de dicho objetivo requirió de un esfuerzo arduo, pero grato,

porque en él comprobamos el profundo arraigo de nuestro partido en las más variadas capas sociales y la mística de todos nuestros dirigentes, tanto mayor cuanto más difícil parezca el desafío al cual se ven abocados.

Así, en tiempo record, presentamos ante el Servicio Electoral más de 62 mil afiliados, lo que constituye casi el doble de lo exigido por la ley y ya nos acredita como una de las principales colectividades políticas, de carácter nacional, existente en todo el país.

Al expresar mi reconocimiento a todos y cada uno de quienes participaron en esa tarea, como asimismo a aquéllos que se han incorporado a nuestro partido, simbolizo ese éxito en la persona de quien condujo directamente dicha misión, el secretario general del partido, Pablo Longueira.

Hoy hemos convocado a este Consejo Nacional para emprender una nueva fase de nuestra colectividad. Se trata de fortalecer sus estructuras internas, adaptándolas a las exigencias de crecimiento de un partido grande y fuerte, a la vez que de estructurar la campaña que deberemos iniciar ante las próximas elecciones presidenciales y parlamentarias.

Reviste, por tanto, especial importancia y oportunidad, que nuestro perfil llegue con vigor y nitidez a la opinión pública.

En primer lugar, somos un partido con un sello generacional joven. Se trata de una generación que ha sido artífice de las grandes transformaciones impulsadas en Chile desde 1973. Nos identificamos con las dos grandes vertientes de esa obra, que son las modernizaciones socioeconómicas y la institucionalización política forjadas en los últimos quince años. Porque como jóvenes ya hemos sido capaces de hacer historia y porque esa historia se continúa escribiendo hasta ahora, no participamos de la nostalgia anacrónica de muchos antiguos políticos tradicionales. Como protagonistas de modernizaciones, afrontamos el presente desde los requerimientos del Chile del mañana. Por eso la UDI es fuerza creadora.

En segundo término, nos mueve un firme propósito unitario entre todos los partidarios de una sociedad de personas libres. Quienes tenemos principios y proyectos de sociedad básicamente afines, opuestos a toda expresión de socialismo, debemos hacer cualquier esfuerzo para gestar una alternativa común frente a las próximas elecciones. Si cada partido sabe respetar las diferencias que tiene con sus aliados naturales y valorar el aporte específico y diverso que todos debemos prestar a nuestra causa común, nos potenciaremos recíprocamente.

Por el contrario, cualquier pretensión hegemónica o juego mezquino que frustrara esa unidad, representaría un crimen de lesa patria que ni la ciudadanía ni la historia perdonarían y que podría acarrear un colectivo suicidio político, del cual nos faltarían años para arrepentirnos. La unidad de los partidarios de una sociedad libre es un imperativo patriótico. Es también perspectiva sólida de éxito electoral en diciembre próximo. Juntos podemos ganar. Y si podemos hacerlo, debemos hacerlo.

Ello requiere que nuestro partido postule sus candidatos a parlamentarios dentro de listas comunes con Renovación Nacional, el Partido Nacional y la Democracia Radical, incluyendo figuras independientes afines, como también a los sectores que reúne el Centro Democrático Libre.

En cuanto a la elección presidencial, esperamos coincidir todos en el candidato que, representando los principios de una sociedad de hombres libres, concite el mayor respaldo ciudadano. Constatamos con esperanza que ello parece pronto a cristalizar en torno a Hernán Büchi, cuyo arrastre popular emerge como uno de los fenómenos políticos más espontáneos y auspiciosos de los últimos tiempos, no sólo por su brillante gestión como Ministro de Hacienda, sino por la transparencia, el talento y la rectitud de su personalidad que, al trascender a todos los partidos y grupos organizados, podría convertirse en la figura independiente que encabece un régimen presidencial como el que siempre ha anhelado el más íntimo sentimiento del pueblo chileno.

En tercer lugar, somos orgullosamente partidarios del actual Gobierno. Estamos conscientes que la gestión gubernativa del régimen militar presenta aspectos objetables. Nuestro sentido modernizador nos indica, igualmente, que es enorme la tarea que tenemos por delante para abordar los problemas pendientes o los nuevos desafíos que son inherentes al devenir de los pueblos. Pero lo anterior no nos impide sostener enfáticamente que el actual Gobierno es el más realizador que el país ha tenido en el presente siglo. Más aún, estamos ciertos que 1973 marcará en nuestra historia el giro más hondo y fecundo que Chile haya experimentado desde 1920.

Creo indispensable subrayar aquí y ahora este aspecto, por un deber de lealtad hacia las Fuerzas Armadas y de Orden. Mientras unos las injurian pidiendo lo que llaman su "democratización"; mientras otros pretenden introducir cuñas entre ellas, procurando disociarlas del Gobierno del cual institucionalmente han sido columnas vertebrales; mientras, en fin, hay quienes habiendo sido partícipes o partidarios del actual régimen hoy le dan vuelta la espalda o toman calculada distancia frente a éste, la UDI proclama a mucha honra su gratitud a los Institutos Armados y su firme compromiso con

la obra y los conductores del Gobierno cuya culminación se aproxima.

Deseo alertar con especial énfasis a la ciudadanía sobre el peligro de creer que se pueden preservar las realizaciones positivas del actual régimen, sin defender a éste como expresión política, incluyendo las figuras de sus principales artífices. Tal enfoque implica no entender absolutamente nada respecto de la dinámica de los hechos políticos.

Que nadie se mueva a engaños letales. Si la oposición logra su notorio propósito de execrar al actual Gobierno ante la conciencia ciudadana, la obra entera de éste será rápidamente demolida por la embestida estatista, socializante y demagógica que en nuestro país persiste como una amenaza muy real y latente.

A lo anterior se suma el hecho de que ante el fracaso irreversible del socialismo en el mundo, que le obliga a admitir rasgos parciales -pero crecientes- propios de las economías de mercado, los dardos de las mentalidades socialistas se dirigen ahora preferentemente a destruir los valores morales básicos de la civilización cristiana a la que nuestra patria pertenece.

El objetivo principal de esa agresión es destruir o debilitar la familia. Para ello se impulsa la legalización del divorcio y del aborto, se exalta la pornografía, se fomenta la permisividad frente a las drogas y se atenta contra la libertad de enseñanza. El caso de la naciente democracia española es prototípico al respecto. La cantidad de personas que son seducidas por la trampa de elogiar con simplismo lo que se califica como éxito de la transición española, llegando incluso a levantarla en ejemplo para Chile, ilustra la perturbación de criterios a que aludo. Es que a veces el materialismo práctico, hedonista o nihilista, se confunde con los materialismos doctrinarios. Ninguna mera ortodoxia económica comprará jamás el irrenunciable compromiso ético de quienes consideramos que sólo el sentido espiritual de la vida dignifica cabalmente al ser humano.

La mayor paradoja estriba en que Chile está ante la mezcla explosiva de un socialismo que combina lo más retrógado del estatismo económico que esa tendencia ha abandonado en otros países, con las nuevas estrategias de destrucción de los rectos valores morales que el socialismo intenta apoderándose de las más variadas expresiones de la cultura.

La Concertación opositora encierra en su seno las gamas más variadas de socialismo, incluyendo a formulaciones marxistas y aún marxista-leninistas. Tras el envoltorio con apariencia de seda del señor Aylwin, nuestro país podría derivar en un desastre

económico parecido al del vecindario latinoamericano y deslizarse hacia un desquiciamiento valórico semejante al que amenaza a muchos países desarrollados.

En ese cuadro, destaca la importancia de la UDI en la democracia que se aproxima.

Chile necesita un partido confiable en la defensa de nuestros valores morales y nuestros principios políticos y económico-sociales. Chile necesita un partido que difunda esos valores y principios con testimonios personales y directos que lleven a muchos chilenos a encarnarlos como una forma de vida, excediendo largamente el estrecho mundo propio de los conciliábulos políticos. Chile necesita un partido que comparta los problemas de los más pobres alejándolos de la lucha de clases y que los defienda contra toda demagogia que, favoreciendo a grupos organizados de presión, termina siempre perjudicando a los más desvalidos. Chile necesita un partido que despliegue sus banderas con ánimo de concordia entre los demócratas, pero sin concesión ni tregua frente a los totalitarios. Chile necesita un partido que jamás confunda los consensos válidos y necesarios, con el acomplejamiento o el entreguismo.

Chile necesita un partido líder. Un partido en que sus dirigentes, en vez de mirar las encuestas para determinar lo que les conviene decir, reflexionen en sus conciencias lo que deben plantear, incluso arrojando transitorias incomprendiones, a fin de modificar las deformaciones de criterios que las encuestas puedan reflejar existentes en la ciudadanía. Y que no se diga que eso no es política, sino academia. La política la construyen los líderes. Y el verdadero liderazgo siempre ha consistido en guiar a la opinión pública, en vez de halagarla servilmente o dejarse guiar por sus vaivenes. Los políticos saltimbanquis, ávidos de popularidad permanente y a cualquier precio, podrán satisfacer las oscilaciones entre los nerviosismos atemorizados y el exitismo superficial que prevalecen en las ocho manzanas del centro de Santiago, pero no son líderes. Son manequís, incapaces de calar hondo en la vida de los pueblos y destinados a terminar en el baúl de los recuerdos intrascendentes.

La disyuntiva es clara. O nos sometemos a los manipuladores en crear meras imágenes, por huecas y falsas que sean, corriendo tras apoyos electorales frágiles y efímeros, o bien transmitimos nuestro mensaje en forma persuasiva y atrayente, pero sin jamás diluirlo, ni mucho menos adulterarlo. Creo que la razón de ser de la UDI se funda en ceñirse a este último camino, único capaz de suscitar adhesiones sólidas y duraderas. Para el otro sobran ofertas, del más amplio género imaginable.

Somos un partido que no se mueve ni por ambiciones de carreras políticas personales, ni por intereses de grupos. Por eso podemos y debemos ser un partido líder, que avance como una mole compacta e indoblegable, sorteando cualquier escollo y sin caer nunca en un inmediatismo que nos impida mirar el horizonte con la profundidad que sólo se consigue bajo el impulso de nobles y generosos ideales. Arriesgarse con audacia, buscar acuerdos con ductilidad y perseverar con tenacidad infatigable tras los propios objetivos. He ahí aspectos esenciales que el liderazgo político debe saber siempre conjugar.

Al terminar estas palabras, deseo invitarlos a que nos estructuremos adecuadamente para los desafíos que vienen. Ellos comprenden la generación de los dirigentes distritales y regionales para que éstos, en el Consejo General del próximo mes, elijan una nueva Directiva Nacional del partido. Es mi firme propósito que esa directiva sea encabezada por un nuevo presidente de la UDI, ya que por las circunstancias en que he debido desenvolver mi gestión, ello resulta aconsejable para evitar que la conducción del partido pudiera personalizarse de modo inconveniente.

He sido siempre un convencido que las instituciones crecen y se fortalecen en la medida en que se despersonalicen. Contribuir a ello es una obligación de todo dirigente que se mueva genuinamente por la entrega desprendida a un ideal y no por consideraciones o ambiciones personales de cualquier género.

Lo importante es preservar el espíritu que siempre nos ha singularizado. Pueden todos estar ciertos que -cualquiera sea el lugar que ocupe- seguiré colaborando a ello con la misma fe y el mismo entusiasmo con que, en horas de triunfos y de adversidades, me he entregado, desde hace ya más de veinte años, a la causa que aquí nos congrega.